



Crónica



Ex Aduana de Iquique: el abandono que hierne la memoria de una ciudad entera

La arquitecta Leonor Bravo encendió el debate patrimonial al denunciar en redes sociales el crítico deterioro del ex edificio Aduana, monumento histórico que, a más de una década del incendio, sigue esperando una recuperación concreta.

La publicación de la arquitecta Leonor Bravo en su cuenta oficial de Instagram no hizo más que poner en palabras lo que miles de iquiqueños observan desde hace años con impotencia, resignación y dolor: el abandono progresivo del ex edificio Aduana, uno de los íconos patrimoniales más importantes de la ciudad, cuya historia está profundamente ligada al desarrollo económico, urbano y cultural de Iquique. Lo que Bravo expone no es una exageración, ni un gesto alarmista, sino la descripción cruda de una realidad que se ha ido normalizando a plena vista, en medio de promesas, estudios, anuncios y una lentitud administrativa que, con el paso del tiempo, termina siendo tan destructiva como el propio incendio que en 2015 dañó severamente la estructura.

En su registro difundido en redes sociales, la profesional lanza una advertencia tan directa como incómoda. "Esta es una realidad incómoda y pareciera ser que nadie quiere verla", señala al iniciar una reflexión que rápidamente encontró eco entre usuarios, profesionales del área, ciudadanos y defensores del patrimonio. Sus palabras apuntan al corazón del problema: el edificio no es una construcción cualquiera, sino la ex Aduana de Iquique, Monumento Histórico Nacional y pieza clave de una etapa decisiva en la historia del norte grande, cuando la ciudad era uno de los motores de la economía chilena gracias al ciclo salitrero.

La ex Aduana no solo representa una época de esplendor económico, sino también una forma de entender la ciudad, su arquitectura y su identidad. Se trata de una obra levantada con

materiales nobles, gruesos muros de mampostería en piedra y una lógica estructural concebida para resistir el paso del tiempo. Era, en esencia, un edificio pensado para perdurar. Y precisamente por eso, su deterioro actual resulta aún más doloroso: porque no se trata del desgaste natural de una construcción antigua, sino de una decadencia acelerada por la inacción, la exposición prolongada y la falta de una intervención oportuna.

Leonor Bravo lo resume con crudeza al recordar que el incendio de 2015 alteró por completo el destino del inmueble. Desde entonces, han transcurrido más de diez años sin que la recuperación del recinto logre materializarse en obras visibles, permanentes y decisivas. En ese extenso período, el edificio ha debido soportar techumbres abiertas, filtraciones de agua, acumulación de basura, escombros y el deterioro silencioso de sus interiores. Lo que antes fue un símbolo de la fortaleza de una ciudad puerto, hoy aparece como una ruina viva que se desarma lentamente desde dentro, frente a la mirada de la comunidad.

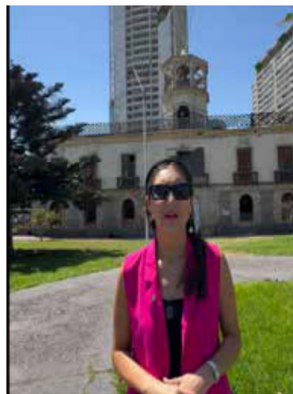
La denuncia pública también pone el foco en un aspecto particularmente delicado: la brecha entre los recursos anunciados y la realidad material del inmueble. Según expresó la arquitecta, existirían más de 10 millones de dólares aprobados para estudios, licitaciones y procesos asociados a su recuperación. Sin embargo, la percepción ciudadana es que, pese a la existencia de fondos y a la sucesión de trámites, el resultado concreto sigue siendo nulo o insuficiente. El edificio continúa expuesto, continúa deteriorándose y continúa esperando

mientras el tiempo hace su trabajo más cruel sobre una estructura ya dañada.

Ese contraste entre la disponibilidad de recursos y la ausencia de resultados visibles es justamente uno de los factores que más irrita a la ciudadanía. Porque el problema ya no parece ser únicamente la falta de financiamiento, sino también la incapacidad institucional de traducir voluntades, diagnósticos y expedientes en acciones concretas. En otras palabras, el abandono del ex edificio Aduana no solo refleja una crisis patrimonial, sino también una crisis de gestión. Y esa es quizás la parte más incómoda de toda esta historia: que un inmueble de semejante valor histórico no se está perdiendo por un nuevo desastre, sino por la lentitud, la burocracia y la peligrosa costumbre de postergar lo urgente hasta convertirlo en irreversible.

El caso golpea especialmente a Iquique porque el ex edificio Aduana forma parte del relato más profundo de la ciudad. No es solo una estructura antigua. Es memoria urbana, es testimonio de una época, es una referencia material del pasado salitrero y del protagonismo económico que tuvo esta zona en la historia del país. Su silueta, su ubicación y su peso simbólico lo convierten en uno de los emblemas patrimoniales más sensibles del borde costero iquiqueño. Por eso, su deterioro no puede leerse como un problema técnico aislado, sino como una herida abierta en la identidad local.

La reflexión de Leonor Bravo también instala una pregunta de fondo sobre el valor real que se le asigna al patrimonio en el discurso público. Muchas veces se habla



ID: 819-6-0125

Fecha de cierre: 4 de febrero de 2026
Visita onrinal a terreno: 19 de diciembre

de identidad, memoria y rescate patrimonial en seminarios, discursos o ceremonias oficiales, pero la realidad suele demostrar que esos conceptos pierden fuerza cuando deben enfrentarse a los tiempos de la administración, los costos políticos o la priorización presupuestaria. El patrimonio suele ser exaltado en el plano simbólico, pero abandonado en el terreno práctico. Y eso es exactamente lo que este caso parece demostrar.

El deterioro de la ex Aduana no es solo una preocupación para especialistas en arquitectura o conservación. También debiera ser una señal de alerta para las autoridades locales, regionales y nacionales, porque cuando una ciudad comienza a perder sus símbolos más reconocibles, lo que se debilita no es únicamente el paisaje urbano, sino la relación de la comunidad con su propia historia. Los edificios patrimoniales cumplen una función que va mucho más allá de lo estético: son anclas de memoria, referencias de pertenencia y espacios donde una ciudad se reconoce a sí misma. Cuando esos espacios se desploman o se vacían, también se erosionan los lazos invisibles que unen a una comunidad con su pasado.

En ese contexto, la frase de la arquitecta adquiere un peso mayor: "Esto no es solo abandono, es pérdida, porque el patrimonio no se destruye solo con incendios, también se pierde cuando se deja esperando". La afirmación condensa, quizás mejor que cualquier informe técnico, la dimensión real del problema. Porque el patrimonio no desaparece únicamente en un momento dramático o explosivo. A veces se extingue lentamente, bajo

la forma de una techumbre abierta, un muro húmedo, una ventana rota, una filtración reiterada o un expediente que duerme demasiado tiempo en una oficina. Se pierde cuando nadie asume la urgencia. Se pierde cuando el deterioro se vuelve paisaje. Se pierde cuando la costumbre termina anestesiando la indignación.

La ex Aduana merece, por tanto, algo más que declaraciones de buena voluntad. Merece una hoja de ruta clara, transparente y verificable. Merece que la comunidad sepa en qué etapa exacta se encuentra su proceso de recuperación, qué instituciones tienen responsabilidad directa, cuáles son los plazos reales y qué medidas urgentes se están adoptando para evitar que el deterioro siga avanzando mientras continúan los procedimientos administrativos. La opacidad y la espera eterna solo alimentan la frustración pública y profundizan la sensación de que el patrimonio, en la práctica, siempre termina quedando al final de la fila.

Este debate, además, abre una discusión más amplia sobre cómo las ciudades del norte grande están cuidando —o dejando de cuidar— sus bienes históricos. En territorios marcados por procesos intensos de transformación urbana, presión inmobiliaria, cambios económicos y emergencias sociales, la preservación del patrimonio suele quedar atrapada entre la nostalgia y el olvido. Sin embargo, ciudades como Iquique no pueden darse el lujo de renunciar a sus huellas materiales más valiosas. En ellas reside una parte esencial de su singularidad, de su atractivo cultural y de su relato colectivo.

La publicación de Leonor Bravo cumple entonces un rol que excede la denuncia puntual. Funciona como un llamado de atención. Como una sacudida frente a una realidad que muchos prefieren esquivar. Como una invitación incómoda, pero necesaria, a volver a mirar el edificio no como una ruina decorativa ni como un expediente pendiente, sino como una responsabilidad compartida. Porque si la ex Aduana termina perdiéndose, no será únicamente por el incendio de hace una década. Será también por todo lo que no se hizo después.

Iquique tiene derecho a exigir respuestas. Tiene derecho a pedir que su historia no sea tratada como un estorbo burocrático. Tiene derecho a reclamar que uno de sus monumentos más valiosos no siga consumiéndose entre el abandono, la humedad, el escombros y la indiferencia. Y tiene, sobre todo, el deber de no acostumbrarse. Porque cuando una ciudad normaliza la ruina de sus símbolos, corre el riesgo de comenzar a aceptar como inevitable su propio deterioro.

La ex Aduana merece volver a la vida, tal como plantea la arquitecta, pero no de cualquier forma ni bajo cualquier improvisación. Requiere una recuperación seria, respetuosa de su valor histórico y pensada como un proyecto de ciudad. Uno que no solo restaure muros, sino que también restituya sentido, dignidad y futuro a un espacio que forma parte del alma de Iquique. La pregunta final que deja Leonor Bravo no es menor. "¿Y a ti qué te gustaría que no se perdiera?". En el fondo, no interpela solo sobre un edificio. Interpela sobre